

▲ Í N D I C E ●

---

*Le agradezco a mi familia y a mis amigos por ser auténticos y enseñarme a serlo. A Diego y a su familia por explicar, gozar y entender la naturaleza nativa de Chile. A los animales e insectos por enseñarnos, día a día, cómo disfrutar. A árboles y plantas, por mostrarnos cómo relacionarnos con la tierra y, por último, gracias al océano que, alucinante, nos tranquiliza, desde siempre, con su caos.*

---

SECCIÓN 1: La historia

pág. 6

---

SECCIÓN 2: Reconocimiento Científico

pág. 42

---





Cerca del pequeño pueblo de Granito, en una punta de playa hermosa, vivía Támara. Era una zona de pocos habitantes. Por ello, rara vez el niño se encontraba con alguien cuando salía a caminar. Menos aún, en invierno.

En los días en que ocurre esta historia, Támara había cumplido 13 años y vivía con sus padres. Ambos querían al mar por sobre todo y amaban con pasión la naturaleza. Támara jugaba en ese maravilloso lugar todas las horas que la luz del sol y sus estudios se lo permitían, sin importarle el frío o calor. Trepaba árboles y saltaba las rocas con gran habilidad. Conocía muy bien ese mundo de conchitas, piedras y plantas, a las que observaba con mucha dedicación para descubrir siempre alguna nueva o diferente. Así, día tras día, llegaba a su casa con nuevos tesoros en los bolsillos para alegrar a sus padres.

Una tarde lluviosa, Támara trataba de poner atención en su libro de Historia. Lo leía sentado junto al fuego de la cocina, pero no lo lograba concentrarse. En su mente resonaban las palabras de su profesor de ciencias. Esa mañana le había dicho que el pequeño pájaro negro aceitoso que había encontrado sobre unas algas, tenía que ver con aquella mancha oscura que se divisaba a lo lejos: un barco había derramado petróleo. Ese profesor, llamado Manuel, siempre les contaba en las clases cómo el hombre era tan tonto, que abusaba y dañaba la naturaleza para llegar, de pura ignorancia, a un mundo fácil, cómodo y poco simple. -¿Para llegar a un estado interminable de flojera?-, Se preguntaba Támara.

El profesor llevaba a todo el curso a recorrer la playa y sus alrededores. Se divertían mucho en los “conchales”, lugares en que los Batos, “los antiguos”, -como los llamaba el papá de Támara-, que alguna vez habían vivido en esas tierras, habían dejado precisamente conchas, restos de mariscos y trozos de cerámicas ¡Quizás tenían más de tres mil años! No paraban de revisar y observarlas una a una. El profesor Manuel podía dedicarle una clase completa a cada pieza. ¡Cuánto sabía! Quizás por eso, se enojaba mucho cuando les contaba del daño a los animales y plantas. Entonces golpeaba la mesa muy fuerte con el puño y gritaba: -¡Son unos bárbaros los hombres! Al decirlo, su cuello se agrandaba y su cara se ponía muy colorada. Luego tomaba las puntas de abajo de la camisa, las estiraba, movía la cabeza para ambos lados y suspiraba inflando una gran panza, se veía más tranquilo. Por lo demás, era una persona que no se distinguiría mucho de cualquier otra, a no ser porque usaba un sombrero negro que estaba gastado y sucio. Hecho de una tela que se adivinaba que alguna vez había sido fuerte y bien moldeada, ahora más bien se parecía a los restos de un nido abandonado. Si le preguntaban por qué no lo cambiaba o dejaba de ponérselo, respondía que se lo sacaría sólo si el hombre dejaba destruir la naturaleza para enriquecerse. Los demás profesores y los alumnos mayores se burlaban de él y decían, sin comprender el fondo de su corazón, que como iban las cosas, tendrían que enterrarlo con el sombrero puesto porque eso jamás pasaría. Manuel no perdía la esperanza.



Aunque estuviera distraído, Támara se sentía contento. Arriba del fuego una olla liberaba su olor a machas deliciosas, de esas que su madre sacaba del mar y preparaba tan bien. Y más rico le parecía aquel vapor cuanto más pensaba en que hacía tiempo que no las había comido porque, en esa zona, estos moluscos estaban cada vez más escasos.

De pronto, la lluvia -que hasta ese momento había sido tranquila y constante- comenzó a caer cada vez más fuerte, más fuerte y todavía ¡más fuerte! ¡El norte soplabá con ganas! ¡Era un temporal!, hasta el techo de coirón de su casa, muy bien amarrado por su padre, parecía que no iba a aguantar. Qué bueno estar a resguardo. Entonces, Támara recordó algo. De inmediato saltó de la silla, agarró una chaqueta y corrió hacia la puerta.

Su madre, que daba vueltas haciendo muchas cosas a la vez, se detuvo y lo miró, sorprendida. *—¡Mamá! ¡Se me olvidó el pajarito! ¡Lo dejé en el kakon! ¡El viento se lo va llevar! ¡Voy y vuelvo!—*. Se refería a un rayadito que había encontrado una mañana medio muerto por la helada y que había dejado en un lugar en las rocas que había construido con su mamá, le pusieron kakon, cajón en mapudungún. Un refugio y lugar de juego. A ella, por supuesto, la idea no le gustó: *—¡Támara!, estás loco!, ¡¿Cómo se te ocurre que vas a salir con esta tormenta?!—*. Pero no había terminado de hablar cuando él estaba varios pasos fuera de la casa.

Apremiado por el miedo de que las ráfagas, ramas, incluso el agua, dañaran al avecita, en segundos se encontró bastante más allá de su hogar, en el antejardín y el terreno de rocas y tierra arenosa ubicado frente a su casa. Iba corriendo muy rápido, pero apenas podía ver por culpa de la lluvia que le corría por la cara. Aún así, decidió tomar el atajo por los roqueríos peligrosos, que lo acercaba al mar, sus pies helados y tiesos se resbalaban al ir dando saltos. Esa ruta no era realmente peligrosa, no lo habría sido demasiado en un día calmo, pero no había contado con las ráfagas de viento: de modo que, cuando ya estaba allí, de pronto trastabilló: por un segundo sus brazos se alargaron buscando recuperar el equilibrio sin éxito, y cayó al mar. Quizás por el pánico de la sorpresa, por un instante pudo ver detenidas en el aire a las miles de gotas que, junto a él, se desmoronaban sobre el océano. Sintió el golpe. Y se vio envuelto por el agua en un turbulento torbellino de espuma y huiros que amenazaban azotarlo contra las rocas. Su corazón latía a mil y fue lo único que lo siguió acompañando cuando todo se volvió negro. De pronto, su corazón se calmó -tum-tum... tum-tum...tum-tum...- y entre la oscuridad oceánica, como una aurora imposible, surgió una ballena iluminada de luz azulada. Había un maravilloso silencio mezclado con un canto inexplicablemente placentero y majestuoso. ¿Estaba alucinando por falta de oxígeno?





Un gran empujón lo lanzó desde el mar hacia las rocas. Boqueó aire con desesperación unos segundos. Temiendo que el oleaje lo arrojara de vuelta a las aguas, y todavía un poco ahogado, golpeado y tosiendo, se intentó poner de pie, pero no pudo. Comenzó a arrastrarse, penosamente, durante uno o dos minutos. Descubrió que se deslizaba sobre algo no tan rígido como una piedra y tan resbaloso como un pulpo. ¿Qué era esa superficie? Lentamente comenzó a subir la vista, ¡aquello en lo que había resbalado era un enorme ojo! Algo insondable, quieto por siglos, lo miró desde aquel círculo brillante rodeado por párpados rocosos.

Asustadísimo, Támara logró ponerse de pie y salió corriendo rumbo a su casa. Cuando llegó arriba, descubrió que su casa no estaba ¿se habría ido en otra dirección?, Miró a un lado y otro, pero su querido hogar, junto con sus padres, había desaparecido. Recorrió el terreno varias veces, ni el camino para llegar estaba. Se puso a llamarlos: ¡Papá! ¡Mamá! Había dejado de llover y sólo el goteo desde arbustos y árboles le contestó. Desconcertado decidió sentarse al lado de un enorme tronco. Angustiado, triste y agotado, se acurrucó como un gusanito y sin darse cuenta cayó en un sueño profundo. Despertó cuando ya era de noche con una fuerte luz de luna llena sobre su cara. Al sentarse vio que lo rodeaban cientos de pequeños animalitos. No lo miraban a él, sino que su atención se dirigía al mar. Támara, que ya no estaba tan asustado, creyó reconocerlos: eran yacas o monitos de monte, marsupiales que costaba un mundo ver. ¿Qué hacían, tantos, ahí, junto a él? Se agarró la cabeza en un gesto de confusión. Fuera por su movimiento o por otra razón, los animales giraron hacia él, primero; luego se desperezaron y, uno a uno, comenzaron a avanzar por un sendero. Entendió que debía seguirlos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al principio fue fácil, pero después no: corrían cada vez más rápido, hasta que en un momento se dispersaron, perdiéndose entre los árboles. Entonces decidió detenerse.

De inmediato escuchó el rumor de unos ruidos que parecían humanos y caminó hacia ellos. Luego le llegó el reflejo de una luz y, al final, sintió el olor. Desde lejos, a través de los árboles, vió unos hombres de mediana estatura, sentados, comiendo almejas, cangrejos y pescados, alrededor de una fogata. Tenían unos extraños artefactos en la boca. ¿El campamento de unos hippies muy estafalarios? ¿Alguien que filmaba una película? No. Támara se cayó sentado entre unos helechos de la impresión. Comenzó a entender lo que estaba pasando. Primero, su casa no estaba; después, había un montón de yacas supuestamente casi extinguidas; y ahora un grupo de indígenas ¡los batos! comía alrededor del fuego, usaban tembetás (expansiones de piel bajo la boca) no podía ser otra cosa: ¡había viajado al pasado!

Cuando logró que su corazón se calmara y del miedo pasó al desconcierto, entendió que necesitaba saber lo que estaba ocurriendo. Encontrar una explicación. Decidió que tenía que volver al lugar donde había salido del mar para investigar



todo desde el principio. Así lo hizo y, al buscar la roca-ojo o el ojo-roca, algo que reflejaba luz sobre el suelo llamó su atención. Parecía un pedazo de cerámica, más nueva que las que solía encontrar. Brillaba y tenía el color del mar. Jugó con ella en su mano, mientras observaba curioso a su alrededor. Entre idas y venidas comenzaba a amanecer. Se abrazó a sí mismo para pasar el frío.

—Sí, batos. Eran batos, nativos —escuchó una voz ronca y serena.

Asustado se dio vuelta y se encontró frente a frente con el enorme ojo que había visto antes.

—No te voy a pedir que te tranquilices, al parecer lo sabes hacer muy bien. Muéstrame lo que tienes ahí.

Támara abrió su mano y brilló el trozo de cerámica.

—Por fin llegas muchacho, dijo la roca

—¿De qué hablas? ¿Por qué llegué y por dónde?— dijo Támara

—Escucha con atención. Te voy a contar una historia que te va a ayudar: Los seres humanos, que en un principio eran íntegros en la naturaleza, convivían con ella como un todo. Incluso cuando el hombre miraba las estrellas acostado sobre la tierra, sentía que observaba en conjunto con todo lo que lo rodeaba. Pero, de a poco los hombres se fueron aislando. Esto hizo que perdieran la capacidad de comunicarse entre sí y con el resto de las cosas que habitaban la tierra. Así dejaron de ver el significado de los actos naturales.

Támara pensó que hablaba como su profesor, pero mucho más sereno.

—Pero ¿qué o quién eres tú?, preguntó.

—Yo, La Roca, encargada de guiar a los batos a mirar la vida con tranquilidad. A disfrutar, pero también a luchar. A darle el tiempo que necesitan las cosas.

Támara creyó entender. Sin embargo, también quería saber por qué él estaba ahí y dónde estaba su familia, su casa. Como si hubiera leído su mente, la respuesta de La Roca fue:

—Tienes una misión.

—¿Yo, una misión? ¿cuál misión es esa? —otra vez la angustia y la confusión volvieron a su mente.

—Tienes que descubrirla por ti mismo. Yo estaré aquí siempre. Ya casi es de día y podrás mirar todo mejor.

Sin decir más, y dejándolo solo con el enigma, la Roca escondió su enorme ojo bajo esos párpados rugosos y lo dejó solo. Un montón de emociones transformadas en mariposas dentro de su estómago le hicieron sentir que lo que estaba pasando era muy importante.

Fue hacia la playa donde el mar mojaba tranquilo la arena. Claro, todo era diferente. Los bosques, más frondosos e impenetrables que los del siglo XXI, llegaban casi hasta el mismo mar. La puntilla estaba llena de hermosos y variados arbustos. Abundaban los animales que corrían de un lugar a otro. Muchos que sólo había visto en libros. Muchos que nunca había visto. Hasta los pájaros sonaban más felices.





En la playa no había nadie además de las gaviotas y otras aves costeras. Ya no estaba el condominio de casas todas iguales que había ahí. En vez de eso, refulgía un humedal con cisnes de cuello negro, pato silbón, ¡incluso espátulas! unas especies de patos-flamencos, que eran el sueño de su madre. Más atrás, los cerros se presentaban muy verdes, con plantas altas de hojas enormes y húmedas. En las rocas había pingüinos en tan grande número que le parecía que todos los pingüinos del mundo se hubieran reunido ahí. Tras un rato de maravillarse, Támara volvió a las rocas. Pensaba buscar algún marisco para comer, pero no alcanzó a hacerlo: divisó una numerosa familia de chungungos que atrapó su curiosidad. Uno de ellos parecía despedirse del resto. Era inevitable mirar el espectáculo. Además, siempre había tenido una fascinación por esos mamíferos simpáticos y juguetones. De pronto, el animalito que se alejaba del grupo, se dio vuelta, corrió hacia él. Cuando llegó cerca de sus pies, se detuvo y lo miró directo a los ojos. Luego, de un salto trepó por sus pantalones hasta llegar a su cuello, y se posó allí como una bufanda.

—*Continúa* —le pareció que decía.



Aunque la idea de que un animal le hablara le resultaba asombrosa, Támara pensó que lo mejor era hacerle caso a este confiado animal que se sentía tan seguro. Además, desde que había salido del mar, nada parecía imposible. Caminó así con su nuevo amigo por la playa, mirando sorprendido la gran cantidad de estrellas y soles de mar que había entre las rocas, así como caracoles y erizos. Lo más nuevo para él era que ningún animal le temía, era realmente maravilloso. Normalmente cuando salía a caminar por la playa, todos los pájaros o insectos arrancaban corriendo o volando. Pensó en voz alta que el hombre debía haber hecho cosas muy malas para provocar ese miedo en los animales y otra vez se acordó de su profesor.

El chungungo, no sabía si le hablaba o era una especie de transmisión de pensamiento, le dijo que eso, la desconfianza de los animales, pasaría en el futuro, y que no sólo sería culpa del ser humano, los animales tampoco harían su trabajo muy bien. “En el momento que siente que el hombre toma el poder y que no le interesa cuidar el planeta, la naturaleza se enoja. Y en ese período de tiempo ambos dejarán de comunicarse. Las personas pensarán que pueden arreglárselas como si fueran el dueñas del mundo, usando la naturaleza a su antojo, porque hay mucho de todo. Comenzarán a cometer muchos <errores> ¡Es que estarán como cegados! pero crearán cosas nuevas, increíbles, pero sobre todo comodidades sin importarles que está dañando la naturaleza. -Si tan solo hicieran cosas para todos ¡cómo lo hacemos nosotros! ¡sería un sueño!-.

En la... -siguió el chungungo- mayoría de los casos el daño no lo verán de inmediato y cuando lo vean, será muy difícil remediarlo, bueno y de ahí en adelante no se llevarán bien ni siquiera entre ellos... ustedes” - Y miró a Támara con los ojos entrecerrados, luego sonrió, Támara se asustó un poco.

–*Todos sufriremos las consecuencias* –agregó el pequeño chungungo, puso la cabeza gacha y soltó una lágrima. Entonces se sacudió y enérgico agregó:

–*Pero para eso falta mucho, y tú tienes una muy importante pero difícil, difícilísima misión.*

–*Cuéntame chungungo, ¿cuál es mi misión?*

–*Parte de ella es que lo averigües.*

Ese enigma no le gustaba. –*¡Pero eso ya me lo dijeron!*

–*¡Ya vas encaminado! No nos hemos presentado. Mi nombre es Juan, Juan Chungungo. ¿Y tú?*

–*Supongo que seguiré siendo Támara. Que al menos eso no ha cambiado.*

Se quedaron un rato en silencio. El chungungo estaba pensativo.

–Bueno, para ser justos, sí habrá algunas personas y grupos humanos que mantendrán en parte ese contacto con la tierra y lucharán por ella. Támara decidió dejar la playa y caminar en silencio por el bosque. Conocía varias bayas y frutos que le sacarían el hambre. Así, junto a su nuevo amigo pasó tres días con sus noches, conociendo una maravillosa diversidad de animales y plantas en esos bosques más que centenarios. La cuarta noche Juan Chungungo, sin previo aviso, se alejó corriendo hacia las rocas y todo se tornó más enigmático y tenebroso.

Támara intranquilo y curioso, divisó –agazapado entre dos árboles– a un señor de brazos cortos que lo estaba mirando. Era completamente verde, con un terno sucio y una elegante corbata roja. Eso sí que era realmente extraño. Se acercó para verlo mejor. Al comprobar que no se engañaba, todo en la mente de Támara se enredó. Este hombrecillo, usaba chaqueta y corbata, pero esa ropa formal se había inventado mucho, mucho tiempo después de ahora, pensó. Sus facciones eran muy distintas a la de los batos, que eran los únicos seres humanos con que se había topado, lo estudió con la mirada largo rato.

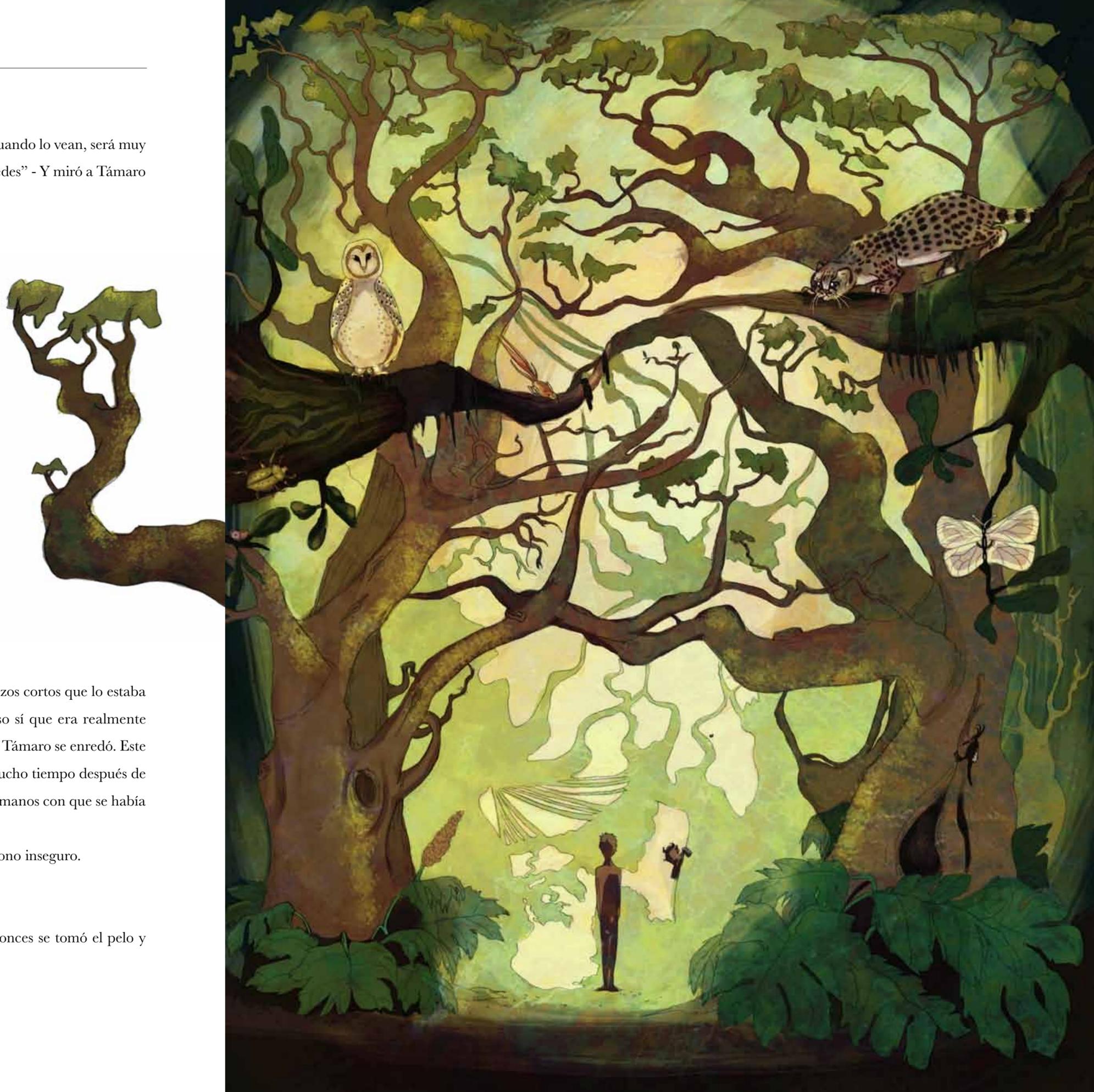
–*¡Te diste cuenta que estoy!* –gritó el señor de la corbata roja. –*¿O no?* –agregó luego, con tono inseguro.

–*¡Perdón! ¿Quién es usted?* Támara estaba perplejo.

–*¿Está aquí igual que yo? ¿Es real?*

–*¡Nada, nada aquí es real, todo es una pesadilla: Los magos negros!* –gritó el hombrecillo. Entonces se tomó el pelo y comenzó a caminar en círculos.

–*¿Por qué hace eso?! ¡No lo haga!* El señor no le hizo caso. Támara insistió:



–¿Cuál es su problema? ¿Usted también tiene una misión?, porque usted no es de aquí. Tiene puesta ropa de mi tiempo.

Sólo al escuchar esto último el hombre se detuvo, miró a Támara y se sentó en el suelo, mirando hacia arriba.

–Son hermosos, hermosos... los árboles. No puedo dejar de quererlos –le dijo, extrañado. –Mira, siéntate en la tierra como yo.

Támara miró a todos lados, se acercó y acompañó al hombre verde de la corbata roja.

–Muchacho –le comentó– yo estoy pagando, estoy pagando por todos los árboles que desaparecieron, por todos los que maté y quemé, por todo el dinero que gané convirtiendo a estas hermosas criaturas en objetos para la vanidad del hombre. Mi condena es deambular entre ellos para siempre, recordándome el daño que les hice. Un castigo eterno.

–¿Pero quién te hizo estar aquí? Támara se sentía desconcertado.

–Me trajo un bato, un maldito brujo- Y su cara se deformaba simulando asco- .Soy muy egoísta, ambicioso. No escucho a nadie si me pongo algo entre ceja y ceja. ¡Y no me arrepiento! Sin embargo, debieron haberme convertido en árbol, no hacerme esto. No tienen piedad, chamanes crueles, crueles... Y, como si estuviese hablando consigo mismo, se quedó repitiendo esto último una y otra vez un largo rato.

Támara prefirió irse y caminó largo rato pensando en aquel personaje que parecía venir del futuro y haber hecho tantas cosas malas. Nuevamente le vino a la cabeza su agitado profesor, que lo ahorcaría, si hubiera estado en su posición.

Al llegar a las rocas, Juan Chungungo apareció de nuevo y se le subió encima otra vez.

–Quiero comer –le dijo Támara. Tengo mucha hambre, estos días solo hemos comido frutas, bayas y nueces, perdón Juan, pero según yo tu niquiera comes esas cosas.

El chungungo sonrió, encogió los hombros y mostró los dientes apretados –no debería, pero me gusta variar-. Se bajó del cuello del niño, comenzó a correr por las rocas y se tiró al mar.

Támara miraba absorto la felicidad que había en el rostro de su amigo, la manera en que este pequeño ser disfrutaba cada uno de sus propios movimientos. Como su cuerpo se movía al ritmo del agua.

–¡Ven nademos! –gritó alborotado Juan.

Támara decidió hacerle caso, se quitó la ropa y se zambulló en aquel mar que tanto quería. Bajo las aguas abrió los ojos, los rayos de sol le hacían sentir que volaba. Veía todo muy nítido, como si sus ojos tuvieran un nuevo don. Juan Chungungo le señaló una roca. Y se sumergieron un poco más. Allí había muchas especies de peces, piedras, plantas y apetitosos alimentos. Támara y el chungungo tomaron algunas conchas y subieron a la superficie, se sentaron en una roca y comieron con avidez. Volvieron al mar a disfrutar del espectáculo de las especies y sacar algo más de comida un par de veces más. Saciado y contento, se durmió.

Despertó con la roca entibiada por el sol y su amigo chungungo acurrucado bajo uno de sus brazos. Támara pensó que esta era la forma de vivir, si él podía nadar y mirar el cielo junto a esa nutria regalona, todos los hombres también podían hacerlo. Convivir con su amigo estos días le había enseñado tanto. Su corazón se llenó de felicidad. Tanta que se sintió obligado a levantarse y se puso a dar saltos, ante la mirada divertida de Juan que no acababa de entender muy bien por qué tanto alboroto.

Continuaron descansando hasta que su pequeño amigo le tiró del pantalón indicándole que mirara hacia la Puntilla. Venían caminando un grupo de diez batos, en dirección hacia donde estaban ellos.

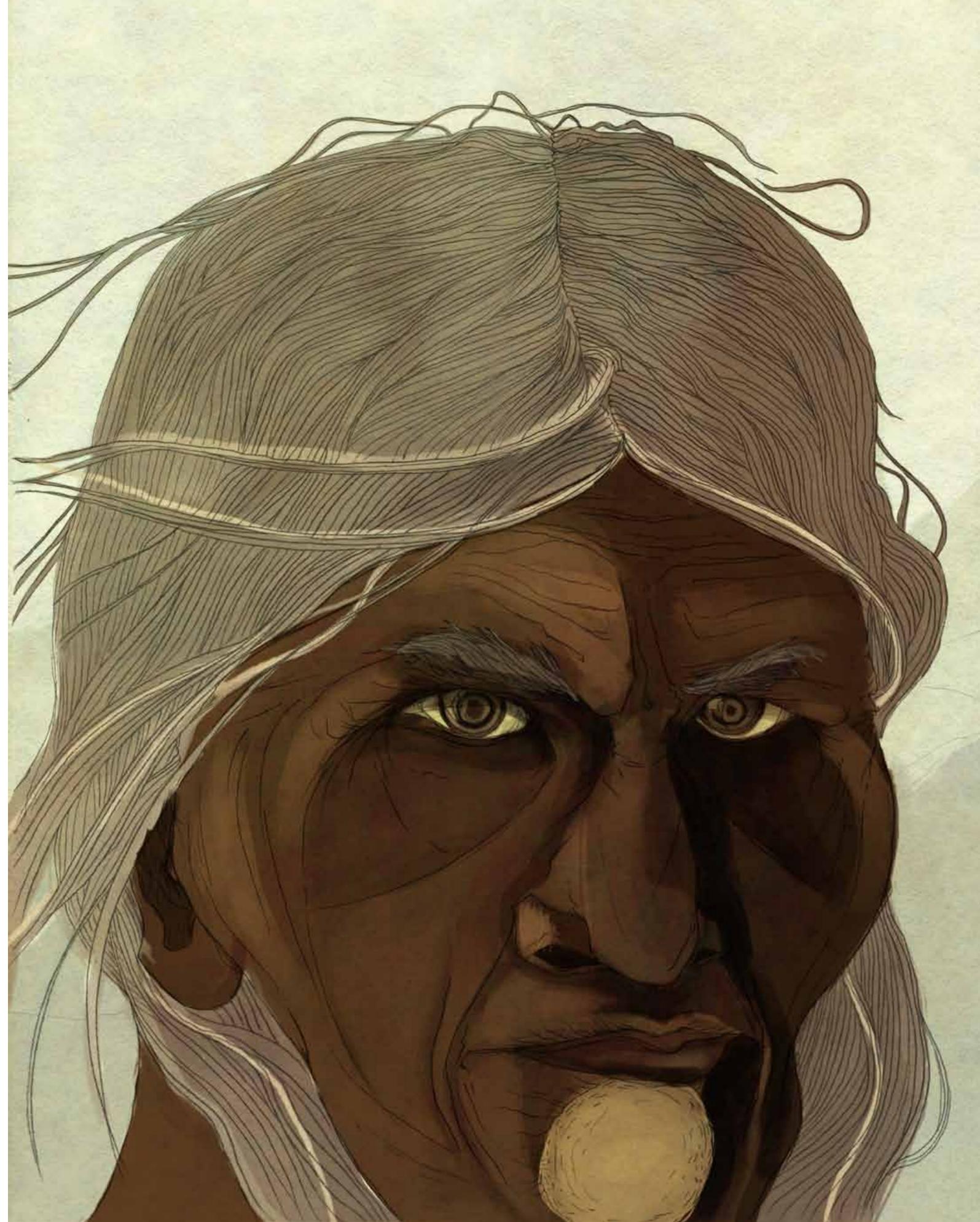
—¿Juan! Escondámonos.

—¿Por qué? ellos no pueden verte.

Los batos se veían fuertes y caminaban en fila. En su mayoría eran jóvenes. El orificio de su labio inferior que todos tenían, era enorme, un tembetá. Al medio del grupo había uno diferente, tenía más edad que el resto y llevaba en la mano algo parecido a una pipa. Claramente era más importante, caminaba más derecho y vehemente. A lo mejor era aquel mago del que tanto hablaba el señor verde del bosque.

Cada vez estaban más cerca. Mientras más se aproximaban, más fuerte latía su corazón aunque sabía que no lo podían ver. Los vio pasar uno a uno, impresionado por su caminar intenso y silencioso. Al acercarse aquel bato más anciano, sus ojos negros e intensos miraron a Támara directo a los ojos. Éste dio un paso hacia atrás de la impresión. El bato sostuvo la mirada hasta que pasó frente a él, entonces, giró la cabeza e hizo un gesto, como si le diera su apoyo o más bien quisiera que Támara cumpliera bien su misión. O, al menos, eso le pareció. Los ojos de Támara y Juan siguieron a los batos que se perdieron detrás de unos roqueríos. Luego, Juan se encogió de hombros nuevamente, apretó los labios, levantó las cejas y se tiró al agua otra vez.

Támara se sentó sobre las rocas, no podía dejar de pensar en la mirada del chamán. se tiró una vez más al agua y vio que algo brillaba, era otro trozo de cerámica similar al que había encontrado días atrás. lo tomó y volvió a la roca. Al juntarlo con el que se hallaba en su bolsillo vio que aún faltaban algunos pedazos. Estaba muy concentrado mirando los dos trozos de cerámica hasta que un sonido intenso lo sobresaltó. No podía escuchar nada más. Vio un lomo negro levantarse de las profundidades del mar, de un tamaño enorme.





—¡ Una ballena! —gritó

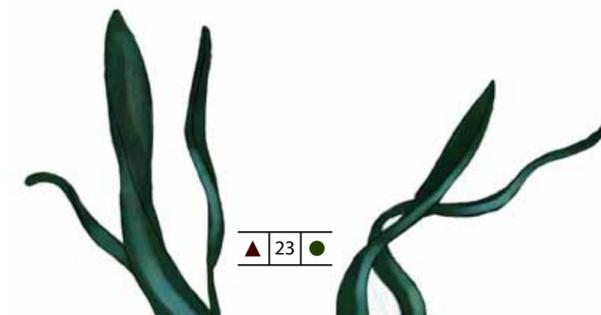
Hubo tantas veces en las que miró durante horas el mar al lado de su padre, soñando ver algún día a este enorme y maravilloso animal. Su padre, a veces serio, otras veces con tristeza, le contaba que quedaban muy pocos ejemplares, que los cazaban sin control y que era probable que nunca pudieran ver alguna. Ahora estaba frente a ella, hubiera querido sonreírle a su papá. No podía. La nostalgia manó como un agua desde su interior y quiso estar cerca de La Roca, al pensar que con el tiempo casi todas estas criaturas iban a desaparecer o quedarían muy pocas. Támara se sentó acurrucado en la tibia piedra preciosa que era su ojo. En silencio comenzó a llorar. De pronto tenía mojada toda la ropa y un pequeño río de agua lo deslizó fuera del gran ojo.

—Perdón —habló La Roca—, ¡todo el tiempo habían estado a la vera de La Roca! —pero mis lágrimas son porque tu tristeza es mi tristeza y es la tristeza de los tiempos—. Como si esas palabras hubieran sido una señal, del cielo, que venía nublándose, comenzó a llover copiosamente. El agua proveniente de todos lados inundó todo. Támara temió ser arrastrado al mar y se agarró de un trozo de La Roca con gran fuerza hasta que nuevamente salió el sol.

—Muchacho, tendrás que comprender que cada cosa que sucede, sucede por algo, cuando lo descubras, deberás encontrar el camino de vuelta a tu pedazo tiempo.—dijo solemne la roca.

Entonces, Támara decidió cruzar la quebrada que estaba al norte e ir a caminar por la puntilla, aquel lugar que recorría muchas veces junto a su mamá. Tardó en hacerlo. Allí lo esperaba una nueva sorpresa. Justo al final del sendero donde siempre se sentaban a mirar el Océano Pacífico desde arriba y entre los árboles, vio una espalda morena de pelo largo azabache que tomaba agua de un pequeño estero que él nunca había visto. Se acercó despacio y tímido, aunque sabía que ella no podía verlo.

La muchacha tenía ojos negros y almendrados, labios oscuros burdeo, manos puras y unos pies grandes como paletas agarrados de las rocas. Tomaba agua como si fuera bendita, la disfrutaba como si fuera un chocolate. Entonces, apreciándola de cerca, intentó, porque no aguantaba, tocarle la carita. Para su sorpresa, ella se echó hacia atrás, asustada. La niña bato miró a todos lados tocando su mejilla. De su mano cayó un trozo de cerámica y se alejó corriendo. De inmediato se dio cuenta que ese trozo hacía juego con sus piezas anteriores. La tomó, se sentó bajo un árbol y buscó las otras piezas en su bolsillo. Intentó unirlas de varias maneras hasta que las partes calzaron





Pudo ver que era una hermosa cerámica y que únicamente faltaba un pequeño trozo para completarla. Se trataba de una bola hueca un poco más grande que el tamaño de sus dos manos juntas cubriéndola.

Ya no cabía en su bolsillo, entonces buscó algunas varas finas con las que pudiera amarrar para colgarla a su cuerpo. Se hizo casi de noche preocupado por buscar cómo hacer un sostenedor para la cerámica y estaba muy lejos del refugio en el bosque que habían armado con Juan. A esa hora no le gustaba andar por ahí solo, por lo que, todavía sin encontrar amarras que sirvieran, fue donde la roca.

De regreso, Támara se perdió en la fría quebrada por donde bajaba el río. La cerámica brillaba de un tono azul, medio verdoso que iluminaba en parte el camino. Se escuchaban sonidos de sapos y grillos. Quería llegar al río para así poder bajar por su ladera hasta la playa y llegar al roquerío. Cuando caminaba por el borde del estero se sintió observado, apuró los pasos, pero alguien se le tiró encima e intentó quitarle la vasija. Támara la cubrió contra su cuerpo con todas sus fuerzas, pero también cuidado: ¡podía quebrarse en muchos más pedazos! y entre los forcejeos y tirones, en la penumbra distinguió la cara del hombre que se creía árbol. Sus ojos se encontraron y el hombre de la corbata roja salió corriendo.

Tirado en el piso, todavía abrazando fuerte su cerámica, Támara observó que muchos pequeños animales se le acercaban. Eran ellas, las yacas. Ocurrió una nueva cosa sorprendente: uno de los animales, con sus ojos enormes y sus pequeñas manos estiradas hacia él, le dijo que le entregara la cerámica. Por un momento dudó, pero en esos enormes ojos encontró una bondad que no pretendía hacerle daño. Entonces, Támara les dió su cerámica luminosa.

Todas las yacas se juntaron. Vio que se movían de un lugar a otro y que un grupo rodeaba la cerámica. Luego de unos cortos minutos la vasija estaba envuelta en un bolsito tejido minuciosamente. Algunos de ellos se la amarraron a la espalda muy firmemente, quedando muy segura. Abrazó agradecido a todas las yacas que pudo.





Era tarde, Tamaro se acostó usando varias hojas enormes de nalcas como frazadas y soñó con la ballena. El cetáceo bajaba a las profundidades más oscuras y saltaba fuera del mar hacia los cielos más claros. Entonces descubrió que ¡la ballena era el símbolo del camino a casa, la conectora de los tiempos!

No obstante la felicidad que le dio descubrir eso, a la mañana se vio sobrepasado por el recuerdo del hombre de la corbata roja. Si lo había atacado una vez, podía hacerlo de nuevo. Empezó a recorrer el bosque para preguntarle y enfrentarlo por lo ocurrido el día anterior. Apenas había comenzado a rastrearlo, cuando apareció un pajarito con un nuevo pedazo de la cerámica en sus patitas.

-¿Cómo!?-Tamaro lo persiguió, adentrándose más y más en la espesura. Corrió mucho rato, hasta que en un momento el pajarito chocó contra una casa muy mal hecha con pedazos de madera y ramas muertas. El ave cayó sobre el piso destartado y en otro lugar la cerámica. Tamaro lo tomó con cuidado y lo puso en su pecho para protegerlo y darle calor. Entonces el pequeño pájaro sacudió su cabeza, abrió un ojo, luego con dificultad el otro e intentó volar, pero volvió a caer. Tamaro se acercó otra vez para ayudarlo. A pesar de los intentos de Tamaro el ave no quería ayuda e intentaba huir.

- *Calma-*, Tamaro intentó tranquilizarlo

- *No quiero hacerte daño, solo quisiera saber si me puedes dar tu cerámica. Mira yo tengo el resto* -le mostró su bolso con la cerámica-. *Quiero juntar todas las piezas para...*

El pajarito pareció notar que para el muchacho era importante, y aunque no muy convencido, miró la cerámica en el piso y con un gesto se la regaló. Tamaro sacó del bolsito tejido la cerámica y la unió a esta nueva pieza, quedando ésta completamente redonda. Solo parecía faltar la tapa. Dio un salto de alegría que casi hizo desmayar de susto a la pequeña avecilla, que ya recuperada del susto también se alegró. Se quedaron los dos mirando ensimismados la vasija azul que brillaba hermosa.

